

Reacción de las antiguas Congregaciones religiosas docentes ante los nuevos pobres de la escuela

PEDRO CHICO GONZÁLEZ

La **sensibilidad evangélica hacia los pobres**, hacia los que necesitan amor, ayuda y asistencia, se halla en la entraña del Evangelio, de modo que no es ni comprensible ni asumible el mensaje de Jesús sin el amor a los hombres, de forma especial a los "pobres" de todo tipo: a los indigentes materiales, morales, culturales, sociales, afectivos, intelectuales, espirituales.

La *Didajé*, el documento cristiano extrabíblico más antiguo que se conserva (tal vez del año 75 o del 80), ya decía al mismo tiempo, e incluso antes, que los textos de los testigos apostólicos que llamamos evangelistas:

"No rechaces al pobre, sino que todo lo debes comunicar con tu hermano, sin llegar a decir de nada que es sólo tuyo. Si te comunicas con los demás en los bienes inmortales, ¡cuánto más lo debes hacer en los terrenos!" (Cap. 3)

Y años después, cuando ya la doctrina cristiana se hallaba bastante sistematizada en un primer cuerpo dogmático y moral, S. Basilio, el gran organizador y promotor del Monacato de Oriente incluso un siglo antes de S. Benito, clarificaba la actitud y el mensaje sobre la preferencia pastoral por los pobres, en consignas concretas tan bellas como ésta:

"El que encuentra un hombre en estado de miseria y pasa sin sentirse reclamado con entrañas de misericordia, ¿no debe ser mirado como las bestias feroces y ser declarado asesino y criminal? Evidente que sí. El que no remedia, cuando puede, a un desgraciado que sufre, debe ser condenado como un homicida... Si sois pobres y no tenéis más que un pan y otro más pobre que vosotros se os acerca para pedir os limosna, abrid vuestro cajón en el que guardáis lo poco que tenéis. Levantad el corazón y los ojos a Dios y decid: Señor, ya veis que no tengo más que un pan y estoy en peligro, pero yo prefiero sacrificarlo ante vuestro mandato y doy de lo poco que tengo a mi hermano que tiene hambre. Ayudadme en nuestra común necesidad". (Homilía 4, sobre los pobres)

Esa trayectoria y ese estilo se han mantenido como valores permanentes en la historia de la Iglesia. Y se ha mantenido hasta nuestro días, como criterio fundamental del Evangelio. Es la fuerza motriz de multitud de obras de Iglesia. De una o de otra manera ha regido la marcha de las Instituciones apostólicas que se han ido configurando a lo largo de los siglos.

Es el carisma que se ha hecho presente en la acción de Dios en medio de los pobres, sobre todo de los "**más pobres**" de la tierra. Es la fuerza que ha inspirado a todos los diseños morales y apostólicos de los fundadores de congregaciones religiosas hasta nuestros días. Es la razón de ser de sus proyectos apostólicos. Es la quintaesencia del Evangelio, que hace posible descubrir y valorar la dimensión testimonial de la acción de la Iglesia y de los cristianos. Es el mismo guión que Jesús escribió con su vida, ya que se proclamó Salvador en primer lugar de los pobres (de los pecadores, de los enfermos, de los despreciados, de los humildes, de los niños) y a ellos anunció en primer lugar su Reino y ofreció el don de su compasión y de su pasión justificadora.

Es impensable que alguien, en la larga lista de los grandes Fundadores de Instituciones de Iglesia, se exprese con otra disposición diferente.

No sería evangélico el declararse salvador de los ricos, de los fuertes, de los dominadores. No hay, no puede haber, una sola obra de Iglesia hecha ante todo y sobre todo para los vencedores de la tierra. El cristianismo está teñido del color gris de los harapos de Lázaro, el mendigo, no de la policromía de Epulón, el de los banquetes.

I. Las Congregaciones religiosas de educadores. Variedad de líneas. Sucesión de etapas

Los Institutos religiosos han proliferado a lo largo de la historia de la Iglesia. Todos ellos de una o de otra forma han tenido una preferente propensión a las obras de la caridad cristiana, obras variadas en forma, contenido y en alcances. Entre esas obras, las proyectadas hacia la asistencia material han sido numerosas: enfermos abandonados, huérfanos, viudas, encarcelados, ancianos desamparados, deficientes físicos o mentales, marginados, delincuentes, paganos de países remotos o cercanos, hambrientos, sedientos, desnudos...

Si no fuera por esa **dimensión samaritana** de las Congregaciones religiosas algo no funcionaría adecuadamente en ellas ni tendría razón de ser su existencia. No pasarían de sociedades humanas de servicio y de apoyo social. Pero el sentido prioritario en favor de los pobres se hace presente en la vida de esas sociedades y las justifica su ser eclesial e incluso humano y social.

De todas las obras de caridad o de misericordia (corporales o espirituales), las que han estado en la atención preferente de los Fundadores de Obras y de Institutos de Iglesia han sido las que han estado de una u otra forma relacionadas con la educación humana (instrucción, formación de las virtudes, conciencia, vida cristiana). Casi se puede decir que no ha existido Instituto religioso que no haya tenido alguna dimensión evangelizadora, más o menos directa, más o menos educadora.

La actitud permanente de **servicio a los pobres** se ha ido encarnando en la Iglesia a lo largo de los siglos en hechos fundacionales admirables. Pero no todos han podido acomodarse a pautas uniformes, ya que cada tiempo y cada ambiente han reclamado siempre sus rasgos peculiares. De hecho el común denominador de todos ellos ha estado en la actitud de servicio al hombre y la certeza de que la mejora intelectual y moral de la persona constituyen la plataforma indiscutible de la auténtica evangelización.

De una o de otra forma todos han apoyado su razón misional en la convicción firme de que sin cultura difícilmente se puede sostener la fe de los cristianos. Se ha identificado la pobreza moral y espiritual. Y se las ha mirado como la peor de las pobrezas, siendo los verdaderos pobres los ignorantes, los viciosos, los indiferentes, los descreídos.

El sorprendente cuadro que sigue nos dice mucho de cómo se han ido desarrollando los que vamos a llamar los Institutos antiguos, que son las dos terceras partes de los que hoy actúan en el mundo, en este comentario y que representan la fuerza prioritaria en las actuaciones eclesiales que van surgiendo en los tiempos actuales.¹

Entre estos datos, podemos resaltar algunos rasgos especialmente interesantes, como los siguientes:

¹Los datos proceden de un estudio sobre 2218 Fundadores que inspiraron los 1794 Institutos contabilizados en un estudio que el autor de este artículo prepara sobre el mensaje de los Fundadores de Institutos educadores. Los datos que se ofrecen son provisionales, pero muy aproximados a la realidad histórica y actual. Cada número de esta tabla responde a una familia religiosa actual, a un "nombre propio" de Orden, Congregación religiosa, Sociedad de Vida común, Pía Unión, Instituto Secular, etc., por excesiva que nos pueda parecer la cantidad, acostumbrados como estamos a oír hablar de sólo algunos nombres propios: carmelitas, dominicos, franciscanos, jesuitas, salesianos, escolapios y pocos más.

- La presencia de los Institutos educadores ha sido un fenómeno universal y progresivo.
- Las nueve décimas partes de los Institutos existentes han sido y son femeninos.
- Más de la mitad de ellos ha nacido en el siglo XIX, tiempo de "explosión "de la educación cristiana.
- Y es la segunda mitad del XIX la que representa la cumbre de las curvas de crecimiento.
- La mitad de ellos han nacido en Italia, Francia y España y se han extendido por el mundo.
- Las dos terceras partes son europeos y la otra tercera parte ha surgido en otros continentes.
- Una quinta parte ha ido brotando en América sobre todo en los dos últimos siglos.
- La actividad escolar ha sido el Centro de atención preferente de estos Institutos.
- El ritmo ha decrecido significativamente en el siglo XX, sobre todo en la segunda mitad.
- La labor educadora ha sido prioritaria en todos ellos, pero no exclusiva ni absorbente.
- La difusión de estos Institutos ha sido muy desigual dentro de la pretensión de crecimiento.
- Los nombres han sido enormemente distintos y distantes por el nombre en que se amparan.
- Muchos de los femeninos han estado amparados por pabellón masculino, siendo los franciscanos, dominicos, jesuitas, carmelitas y mercedarios los más cotizados.

Institutos religiosos hoy existentes que han tenido que ver con la educación en la historia

ÉPOCA ÁREA	Hasta Trento 1545-63	Desde Trento al 1789	Total hasta 1789	Desde 1789 al 1850	Desde 1850 al 1900	Total siglo XIX	Durante el siglo XX	TOTAL GENERAL
Asia Pacífico	...	1+2	1+2	0+4	2+23	2+27	8+95	11+124= 135 (7,5%)
África	1+0	0+0	1+0	0+2	3+13	3+35	16+78	20+93= 113 (6,3%)
Oriente próximo	6+2	8+2	14+4	0+3	2+7	2+10	0+0	16+12= 28 (1,6%)
Norte- América	...	1+3	1+3	1+8	3+45	4+53	7+46	12+102= 114 (6,3%)
Sur- América	...	1+2	1+2	0+4	2+58	2+62	7+136	10+200= 210 (11,7%)
Total- África y América	7+2	11+9	18+11	1+21	12+146	13+167	38+355	69+533= 602 (32,8%)
España	10+2	4+6	14+8	2+12	4+78	6+90	4+96	24+194= 218 (12,7%)
Italia	13+8	13+30	26+38	22+39	16+89	38+128	12+68	76+234= 300 (16,6%)
Francia	15+5	17+48	32+53	48+124	14+62	62+186	2+31	96+270= 366 (17,2%)
Estos 3 países	38+15	34+84	72+99	72+175	34+229	106+404	18+195	196+698= 894 (46,5%)
Resto de Europa	8+3	12+10	20+13	13+98	22+78	35+174	4+52	59+239= 298 (10,7%)
Total Europa	46+18	46+94	92+112	85+273	56+307	141+578	22+247	255+937= 1192 (67,2%)
TOTAL GENERAL	53+20= 73 (4,1%)	57+103= 160 (8,8%)	110+123= 233 (12,9%)	86+294= 380 (21,2%)	68+453= 521 (29,1%)	154+745= 899 (50,3%)	60+602= 662 (36,8%)	324+1470= 1794 (100%)

Datos aproximados (primer número, Institutos masculinos; segundo, femeninos)

Las obras de Iglesia se nos han presentado siempre con una fecundidad admirable y han respondido en todo momento a las necesidades más acuciantes de cada lugar y de cada tiempo histórico. Miles y miles de personajes en todos los rincones del planeta se han preocupado de formar Instituciones para el servicio de los más necesitados. Las más variadas circunstancias se han movido detrás de estas obras. También las obras educativas han gozado del don de la oportunidad y de la adaptación.

Pero un común denominador ha latido en ellas: servir al hombre ante todo y sobre todo por amor a su dignidad sobrenatural de hijo de Dios, de amado de Cristo. Y ese servicio ha ido emparejado con términos como "instrucción cristiana" por el hecho del Bautismo, "evangelización" por la llamada a la salvación, "educación religiosa" por la dignidad, "moralización" por la nobleza, "cristianización" por la vocación trascendental de cada hombre.

Resulta sorprendente y cautivador repasar todas las obras de acogida educadora que han ido surgiendo en todos los lugares del mundo bajo el pabellón misterioso de la caridad cristiana:

- **Orfanatos** para acoger a los niños sin padres y que desde sus primeros días de vida han tenido una mano amiga que les ha vestido, cuidado, alimentado, etc., y que se ha preocupado por su educación humana con solicitud impresionante.
- **Asilos** para los más deficientes: sociales, físicos, mentales o morales, sobre todo cuando no han conocido la mano cariñosa que les ha acogido en un hogar lleno de amor.
- **Hospitales** para enfermos que precisan de cuidados de todo tipo, asistencia adecuada, atención preferente, sacrificios sin cálculos de tiempo, costos o riesgos.

- **Hogares** de acogida y de rehabilitación, sobre todo para los que carecen de familias sanas y que pueden llevarlos por el camino de la convivencia o responsabilidad cristiana.
- **Catequesis** parroquiales, atención de grupos selectos, servicios cristianos de misiones, de orientación vocacional, de oración, de solidaridad, de entretenimiento humano también.
- **Reformatorios** y casas de rehabilitación social y moral, para la recuperación o refugio de los marginados, de los delincuentes, de los que se ponen fuera de la ley más por debilidad que por malicia, más por explotación ajena (como en el caso de muchachas y mujeres explotadas) que por malvados planteamientos ante la vida propia y ajena.
- **Y sobre todo escuelas**, muchas escuelas, con dimensión cristiana en los planteamientos y en las relaciones, pues ellas constituyen la plataforma de la conveniente formación humana, y especialmente religiosa y cristiana.

En el fondo de cada Instituto está la acción carismática, la intuición espiritual y humana de un Fundador o de varios, que se han sentido desafiados por una necesidad concreta, por una situación injusta, por una indigencia distorsionante. Entonces se ha desenvuelto una respuesta concreta, nacida al calor de una idea y desarrollada al cobijo de una necesidad satisfecha, de una solidaridad provocada, de muchos sacrificios desenvueltos a lo largo de los días y de las noches de trabajo desinteresado.

Lo que es conveniente recordar con cierta entrañable gratitud es esa luminosa floración de **Fundadores y Fundadoras** que se han dado a lo largo de los siglos y que han descubierto una misión divina en la configuración de las obras en las que trabajaron hasta el agotamiento:

- Muchos fueron hombres de celo constituidos en autoridad: Obispos, párrocos, misioneros.

- Pero surgieron también mujeres fuertes y decididas, dispuestas a hacer maravillas por Dios.
- Algunos fueron religiosos de otros Institutos que tendieron a prolongar sus carismas propios.
- Con mucha frecuencia fueron personas humildes que se entregaron al servicio del prójimo.
- Y los hubo que se pusieron al servicio silencioso de pastores más constituidos en autoridad.
- En ocasiones nacieron a su actividad fundacional con un proyecto definido y bien preparado.
- Pero muchas veces más sus Institutos fueron frutos providenciales de sus actividades.
- Incluso hubo Fundadores que lo fueron contra su misma voluntad y sus primeros proyectos.
- Y los hubo que construyeron obras para el futuro sin ellos casi saberlo ni sospecharlo.

Podemos hacer una comparación con toda la pléyade de personajes que se mueve detrás de estas estadísticas frías, pero sugestivas: Fundadoras en primer lugar, animadores, autoridades, religiosos que han quemado su vida en empresas sin cuento. Y sobre todo millones y millones de hijos de Dios que han recibido la brisa de la caridad cristiana a través de estas Instituciones.

Por otra parte, podemos hacer una reflexión similar sobre esas figuras, los Fundadores, las Fundadoras, maravillosos hombres y mujeres que se hallan detrás de tantas obras eclesiales.

Los 2218 Fundores que inspiraron los 1794 Institutos contabilizados se clasifican así:

ÉPOCA ÁREA	Hasta Trento 1545-63	Desde Trento al 1789	Total hasta 1789	Desde 1789 al 1850	Desde 1850 al 1900	Total siglo XIX	Durante el siglo XX	TOTAL GENERAL
Asia Pacífico	...	1+2	1+2	4+0	20+5	24+5	91+16	116+22= 138 (6,2%)
África	1+0	...	1+0	2+0	12+6	14+6	36+6	51+12= 63 (2,9%)
Oriente próximo	7+2	1+0	8+2	4+0	9+4	13+4	...	21+6= 27 (1,2%)
Norte- América	...	1+2	1+2	9+13	28+38	37+51	34+23	72+76= 148 (6,6%)
Sur- América	...	2+1	2+1	0+4	49+52	49+56	95+92	146+149= 295 (13,3%)
Total- África y América	8+2	5+5	13+7	19+17	118+105	137+122	256+137	406+266= 672 (30,1%)
España	10+2	4+6	14+8	6+7	45+56	51+63	64+56	129+127= 256 (11,5%)
Italia	13+8	26+25	39+33	46+54	112+130	158+184	30+41	227+258= 485 (21,8%)
Francia	15+5	51+13	66+18	107+85	47+59	154+144	31+16	251+178= 429 (19,3%)
Estos 3 países	38+15	81+44	119+146	159+146	204+245	363+391	125+113	607+563= 1170 (52,8%)
Resto de Europa	8+3	6+14	14+17	74+76	69+68	143+144	43+15	200+176= 376 (16,8%)
Total Europa	46+18	87+58	133+76	233+222	273+313	506+535	168+131	807+739= 1546 (69,2%)
TOTAL GENERAL	54+20= 74 (3,1%)	92+63= 1155 (6,9%)	146+83= 229 (10,25%)	252+239= 491 (21,6%)	391+418= 809 (36,6%)	643+657= 1300 (52,2%)	424+268= 692 (31,2%)	1213+1005= 2218 (100%)

Datos aproximados (primer número, Institutos masculinos; segundo, femeninos)

Una cascada de reflexiones nos sugiere este perfil estadístico sobre los grandes promotores de la educación cristiana:

- La mitad de los Fundadores de obras educadoras ha surgido en la "época restauradora" del S. XIX.
- Sólo una décima parte ha actuado antes de la Revolución francesa (año 1789).
- La mitad de los Fundadores ha nacido en tres naciones: España, Francia, Italia.
- Las tres cuartas partes de estas egregias figuras han vivido en la cultura cristiana de Europa.
- Sólo en el siglo XX comienza la verdadera expansión de figuras no europeas ni latinas.
- Las cristiandades de África y América aportan su caudal fundacional ya desde el siglo XVIII.
- Las cuatro quintas partes de los Fundadores han actuado en los últimos dos siglos.
- Los más numerosos de los Institutos han sido los dedicados a la educación.
- La extensión geográfica de los Fundadores ha sido equivalente a la de los Institutos.
- El número de Fundadores es similar al de Fundadoras (1213 contra 1008), a diferencia de los Institutos, que fueron y son femeninos en proporción de 83,8% contra 16,2%.

Basta el análisis detenido de estos datos, que se desprenden del estudio de figuras concretas que trabajaron por la educación cristiana, para comprender dónde se hallan las fuentes, al menos numéricas, de la vida religiosa, de los grupos y Congregaciones a través de las cuales

se han dado los servicios eclesiales en los más diversos tiempos, y por medio de las cuales han surgido en historia las soluciones a los problemas más diversos de los hombres, sobre todo de los necesitados.

La visión sintética y comparativa por países y épocas nos permite hacernos más cargo de la situación proporcional de los Institutos en la Iglesia y su relación con la proporción de Fundadores que ha actuado.

FUNDADORES

PAÍS/ ÉPOCA	S. III a 1789	Siglo XIX	Siglo XX	TOTALES
Africa y Asia	10 + 4 = 14 (0,6 %)	51 + 15 = 66 (2,9 %)	127 + 22 = 149 (6,7 %)	188 + 41 = 229 (10,3 %)
América	3 + 3 = 6 (0,2 %)	86 + 107 = 193 (8,7 %)	129 + 115 = 244 (11,0 %)	218 + 225 = 443 (19,9 %)
Europa	133 + 76 = 209 (9,2%)	506 + 535 = 1041 (46,9 %)	168 + 131 = 299 (13,4 %)	807 + 739 = 1543 (69,5%)
TOTAL del mundo	146 + 83 = 229 (10,2%)	643+657=1300 (58,6 %)	424 + 268 = 692 (31,2 %)	1213 + 1005 = 2218 (100%) (54,6% + 45,3%)

INSTITUTOS

PAÍS/ÉPOCA	S. III a 1789	Siglo XIX	Siglo XX	TOTALES
África y Asia	16 + 6 = 22 (1,1 %)	7 + 52 = 59 (3,2 %)	24 + 173 = 197 (10,9 %)	47 + 231 = 278 (15,3%)
América	2 + 5 = 7 (0,3 %)	6 + 115 = 121 (6,7%)	14 + 182 = 196 (10,9%)	22 + 302 = 324 (18,1%)
Europa	92 + 112 = 204 (11,1 %)	141 + 578 = 719 (40,2%)	22 + 247 = 267 (16,5 %)	255 + 937 = 1192 (66,6%)
TOTAL en el mundo	110 + 121 = 231 (12,5 %)	154 + 747 = 901 (50,2 %)	60 + 602 = 662 (37,3 %)	324 + 1470 = 1794 (100%) (18,1%) + (81,9%)

Comparando estos dos cuadros, los datos de los Fundadores y los datos de sus Obras, resulta más fácil comprender cómo ha ido entendiéndose el servicio educativo en los diversos períodos de la Iglesia. La variedad de momentos, la sucesión de etapas, la superposición de actitudes, de criterios diferentes es lo que muchas veces nos puede dar la clave de la realidad actual.

Sobre todo, en lo que a Institutos de educación se refiere, los cambios han sido enormes. Siempre ha dominado la intuición de que la ignorancia ha sido siempre el camino del vicio. Por eso casi todos los Fundadores son expresión de la común actitud de lucha contra ese mal que tantos otros males originaba. La formación de la conciencia y de la inteligencia pueden ser el único camino de salvación de las personas abandonadas. Instruir cristianamente ha sido un importante instrumento de liberación.

Esta idea la han expresado multitud de Fundadores de todos los tiempos.

Es interesante, por otra parte, comprobar cómo ha ido evolucionando la actitud servicial de la Iglesia en lo que a actitud educativa se refiere y cómo ha ido avanzando de una concepción meramente asistencial de sus centros educativos hacia otra preferentemente testimonial, pasando por la típica del siglo XIX y comienzos de XX, que se centraba en el afán de la escuela cualificada e instrumental Y es que la actitud de los Institutos ante el servicio educativo ha sido dependiente de las circunstancias culturales en que han nacido los Institutos.

- Porque hubo una etapa de **suplencia** en el servicio educador de la Iglesia.
- Y se entró luego, en el siglo XIX, en cierta actitud de **competencia**.
- Para llegar en nuestro días a una disposición testimonial de **presencia**.

Es interesante descubrir el significado de esta evolución. En los **tiempos antiguos**, prácticamente hasta la Revolución francesa (1789), los Institutos tuvieron todos un sentido de suplencia, pues la Iglesia se siente impulsada a hacer por los ciudadanos lo que no suelen hacer otras instancias sociales: los estados, los organismos públicos, las sociedades, los ayuntamientos.

Durante muchos siglos las obras de Iglesia (parroquias, monasterios, conventos, cofradías, cristianos generosos) trataron de **compensar, remplazar, suplir** lo que los Estados no eran capaces de organizar ni sostener. Su visión de la tarea educativa era eminentemente samaritana, es decir, se veía la instrucción, la formación religiosa, en el mismo contexto que la acogida de los abandonados y la asistencia material de mendigos. Evidentemente esta actitud entraba en la actitud de servicio cultural que la Iglesia prestó a la sociedad a lo largo de los siglos y que nunca será lo suficientemente valorada por quienes no descubran lo que significó la Iglesia encarnada en el mundo y en el tiempo.

La tarea de los Fundadores fue eminentemente misericordiosa y **asistencial**. A partir de esa tarea de caridad para con los necesitados, se hacía la labor de formar en lo religioso, de evangelizar, de asegurar la solidez de la fe y la profundidad de las virtudes cristianas. Los centros fueron entonces preferentemente obras de misericordia y estuvieron vinculados a todo el conjunto de gestos de caridad cristiana que movía sobre todo a los espíritu limosneros, que se desenvolvían ampliamente en donaciones, servicios, construcción, promoción de maestros que enseñaran las letras divinas aprovechando un interés creciente de aprender las humanas.

Prácticamente hasta el movimiento ilustrado o enciclopedista del siglo XIX, la escuela cristiana fue una escuela de caridad. Y decir esto suponía que los miembros de los Institutos religiosos se mantenían en actitud de servicio misericordioso y hacían lo posible por ofrecer

instrucción humana como se ofrecía alimento y afecto hogareño. Eran tantos los "pobres" que carecían de instrucción y educación, que constituían, junto con los enfermos, los primeros reclamos de una Iglesia que se sentía dispuesta a trabajar por el bien de los hombres.

Pero llegó un momento de **revoluciones sociales**, que llevaron emparejadas otras culturales y científicas, que se hacen presentes a lo largo de todo **el siglo XIX**. Es en la evolución social de este siglo significativo cuando la cultura irrumpe intensamente en la vida de las sociedades y de las personas y se necesita como instrumento de promoción y de desarrollo personal. Y lo que había sido una escuela de suplencia, de misericordia, se orienta a ser de servicio, de disponibilidad cultural, de **competencia**.

Es por lo tanto a lo largo del siglo XIX, tiempo de "restauración", de "resurgimiento", de restablecimiento, de recuperación, de reintegración, pero que en el fondo es de nueva cultura, de revolución industrial y de renovación social, cuando la cultura y la instrucción comienzan a valorarse de otra forma. Desgastados en las guerras los afanes revolucionarios del siglo anterior, se entiende la cultura como instrumento de promoción, de competencia, de crecimiento y de desarrollo. Todo este siglo se desenvuelve por el camino de la competencia, de la oferta diversificada y de la exigencia para que el Estado no vaya con sus iniciativas a ahogar las históricas escuelas anteriores.

Se multiplicaron los mensajes del racionalismo, del idealismo, del positivismo y del pragmatismo. Los que quedan fuera del progreso cultural son verdaderamente pobres e indigentes y se sienten cada vez más desplazados en la nueva sociedad que nace. El saber se miraba entonces como instrumento de desarrollo, de sostenimiento y de **competitividad social**. La Iglesia entra en juego en ese servicio con su sentido del servicio social de nuevo cuño.

Es interesante recordar que el proceso de progresiva industrialización que se desarrolla a lo largo de esta centuria produce por una parte la explosión de masas proletarias, que proceden de zonas rurales y acuden a los centros fabriles, mineros, comerciales, en busca de un trabajo rentable y vital. Eso genera grandes bolsas de pobreza, con características muy diferentes a las antiguas penurias rurales.

Y la nueva clase obrera, el proletariado, demanda una atención religiosa muy diferente de la simple instrucción religiosa basada en la piedad tradicional y en la práctica de las virtudes cristianas. Ahora hay que preparar al obrero hasta en dialéctica y apologética, para defenderse de los sofismas marxistas, socialistas, darwinistas, anarquistas, hasta nietzschierianos, que no son peores, desde luego, que los capitalistas, militaristas, totalitarios, que también imperan.

Nace una demanda intensa y una necesidad clara de instrucción cualificada y de preparación exigente en técnicas, ciencias y artes (textiles, tipográficas, fabriles, mineras, artesanales, administrativas, burocráticas, etc.). Así lo demanda la nueva industria y las nuevas condiciones sociales. Esta situación y sensibilidad de la sociedad se convierte en estímulo para la escolarización masiva y para los aprendizajes cada vez más diversificados que hagan asequibles ciertos ejercicios profesionales menos vulgares que las labores indiferenciadas del peonaje.

Muchas Instituciones religiosas encuentran gran demanda para la apertura de sus centros en función de esas nuevas necesidades sociales educativas. Se pide a los Institutos religiosos que abran centros y atiendan a la educación de diversos pueblos "porque enseñan bien", no sólo porque instruyen religiosamente. Los mismos grupos humanos selectos que forman los Institutos se jactan con frecuencia excesivamente de la **calidad de su enseñanza**, no sólo de la pureza de su docencia doctrinal. Así nace la conciencia de que se requiere preparación, estudios, recursos, habilidades.

Con el tiempo nace la gran serie de "**colegios**" de Iglesia, que ya no son sólo "**escuelas**" sociales. Incluso brota, ciertamente que promovida inconscientemente por muchas Congregaciones religiosas nacidas para "los pobres", la desafortunada saga de colegios para clases desahogadas o al servicio de empresas industriales y comerciales. Y nada tendría de malo el que se dieran esos centros. Lo que sí comienza a resultar peligroso es el distanciamiento económico que la población asistente a esos centros representa con relación a las clases populares.

Por otra parte, se multiplican los intereses familiares por una instrucción que interesa más que la formación y por unos deseos de calidad que desde luego no siempre van paralelos con los afanes de confesionalidad de los centros educadores.

Surge una tendencia que se va a prolongar bien entrado el siglo XX en casi todo los países y está reflejada en la aristocracia de los muchos "colegios de Iglesia" destinados a las clases sociales elevadas, a costa del holocausto de muchos "carismas" iniciales. Mientras las "escuelas estatales y públicas" se abren indiferenciadamente a todos los ciudadanos, muchos centros de Congregaciones religiosas quedan reservados para los miembros de clases económicas desahogadas que pueden afrontar los costos de sus preferencias educacionales.

Al llegar el siglo XX, sobre todo después del acontecimiento grandioso del concilio Vaticano II, los criterios, las variables, los presupuestos varían. Unas veces para regresar con sinceridad a los carismas fundacionales originales. Otras veces para revisar estrategias y preferencias evangélicas. Es entonces cuando se va sintiendo cada vez con más claridad la necesidad de la "presencia" de la Iglesia en el mundo de la educación y la insuficiencia de la competencia con los estados, con otros sectores sociales, incluso con otras confesiones religiosas.

Este cambio de actitud es consecuencia de las condiciones de vida del siglo XX y de la profunda revisión que la Iglesia hace de su función testimonial y evangelizadora en el mundo. Muchas reflexiones sinceras desencadenan otros modos de valorar a los pobres y otras dimensiones sociales y eclesiales que culminarán en la **convulsión espiritual y moral del Concilio Vaticano II**. Las leyes educativas de todos los países, incluso de los no desarrollados, los reclamos culturales de una sociedad aceleradamente tecnificada e intercomunicada y la revolución científica o ética que supone la segunda parte del siglo en todos los países del mundo, ponen en funcionamiento otros criterios, otras actitudes y otras posibilidades.

Si por una parte en un sector amplio de la sociedad se promociona una cultura de bienestar admirable y de desahogo económico inmenso, siguen existiendo grandes zonas de la humanidad que se debaten en la penuria económica y sobre todo en la indigencia cultural. En todo caso, a medida que se van desarrollando las sociedades, y la Iglesia en medio de ellas, la etapa competitiva que había atravesado la escuela inspirada en los movimientos eclesiales va dejando de ser un servicio de competitividad y de sentirse desafiada por una afán de calidad y se introduce progresivamente en una dinámica nueva. Es la que se inspira en el simple deseo de estar presente en la vida y en la educación de los hombres.

Es la **época de la presencia eclesial** en los centros docentes, tanto privados como públicos. Y es la hora en que la verdadera educación cristiana se define más por la confesionalidad, por la pureza de la doctrina, por la sinceridad de las intenciones, por la apertura católica a todos los hombres, que por la calidad didáctica. En esta Iglesia nueva se siente la urgencia de evitar cualquier signo de clasismo económico, racial, social y se rechaza el nombre de "cristiano" para el centro que tolere la discriminación. La educación se considera como un derecho fundamental y no puede quedar insatisfecha. La Iglesia se da cuenta de que tiene que ofrecer su testimonio evangélico en los

centros escolares y en los movimientos culturales y que su misión no es edificar colegios confesionales para hacer competencia o para hacer suplencia, sino para asegurar su presencia.

Y comienza a considerar como pobres no a lo indigentes económicos, sino a otros seres humanos que atraviesan otras situaciones o circunstancias peores que las carencias materiales. Con esta actitud culmina el siglo XX y se reclama la identidad del centro cristiano en la mayor parte de los países, al menos en los desarrollados, ya que en muchos del tercer mundo se siguen procedimientos de suplencia y compensación y en ocasiones se mantienen o toleran actitudes de competencia.

II. Los pobres como común denominador de las obras de Iglesia

El interrogante, para nosotros delicado y vital, radica en dilucidar hasta qué punto el cuidado de los pobres ha sido la dinámica de "todos" los Institutos y si el concepto histórico de pobres se mantiene inmutable o se ha complicado con el paso de los tiempos.

No cabe duda de que el **común denominador** de las actitudes carismáticas de los Fundadores ha estado muy atado a las indigencias materiales, a las penurias morales, a las carencias intelectuales. Un hambriento, un inmoral, un ignorante sin duda alguna son "pobres de solemnidad". Atenderles es ponerse en clave de Evangelio. Para ellos han nacido la totalidad de las Congregaciones religiosas docentes. Y es bueno que lo recordemos.

En la **etapa primera** de las aludidas, la de la suplencia de la Iglesia a la labor que no realizaba el Estado, los pobres son sin duda **los que carecen de instrucción** y no cuentan con medios para conseguirla. Unas veces se debe a penurias económicas: mendigos, artesanos, labriegos, obreros, habitantes de zonas incultas y empobrecidas. Otras

veces se debe a situaciones de cultura subdesarrollada, como acontece en países del tercer mundo, en los territorios de "misión".

Como es natural, la Iglesia está dispuesta a servir a los pobres ignorantes, a los pobres indigentes, a los pobres desescolarizados, a los pobres culturales. Y lo hace como camino para llegar a la riqueza de la cultura, que servirá de entrada y plataforma a la formación religiosa y a la consiguiente vida virtuosa que de ella se derivará. Es lo que vienen a decir los grandes promotores de la primera oleada de escuelas cristianas, de centros de Iglesia y de educación religiosa.

Así lo confesaba, por ejemplo, S. José de Calasanz, el gran Fundador de las Escuelas de Piedad:

"Esta Congregación es la más necesaria y quizá la primera para la reforma de las estragadas costumbres del siglo, pues no busca otra cosa que la educación de los jovencitos, de la cual depende todo el resto del bien o mal vivir en la edad madura... Porque el ministerio de la enseñanza es el más digno, el más noble, el más meritorio, el más beneficioso, el más útil, el más necesario, el más natural, el más razonable, el más de agradecer y el que más gloria da a Dios". (Memorial al Cardenal Tonti)

Y así lo recordaba el persuasivo e influyente Ignacio de Loyola:

"Cada uno debe aprovechar de las letras para ayudar a los demás, estudiando y leyendo lo mandado. Sobre todo los que enseñan pongan cuidado en que sus lecciones y explicaciones se acomoden a los discípulos y que todos se fundamenten bien en la Gramática haciendo frecuentemente redacciones y que los maestros corrijan los temas". (Carta, 15 de Junio de 1551)

Interesante es constatar que estos dos grandes Fundadores de la educación son españoles y los dos eligen la Capital de la Cristiandad para desencadenar sus "movimientos" educadores. Como ellos, los

demás Fundadores de Institutos religiosos desearon siempre atender a los pobres haciendo "una escuela" para dar instrucción. José de Calasanz se orientaba a las escuelas populares, más dirigidas a los indigentes económicos. Ignacio de Loyola apuntaba más a los pobres culturales, muchas veces pertenecientes a los niveles sociales desahogados. Así se mejoraba al hombre y sobre todo se aprovechaba la oportunidad para instruir religiosamente a los alumnos y, a través de ellos, para influir en las familia y en la sociedad entera, en la medida en que ello fuera posible. Hasta el silo XIX los pobres eran los que no recibían instrucción, los que carecían de suficientes recursos familiares para recibirla en el hogar o en centros abiertos para nobles y minorías.

Cuando **llega el siglo XIX** y la educación se vuelve competitiva, cuando se mira sobre todo la calidad de la enseñanza y las escuelas de muchas Congregaciones atienden a ricos o pobres, pero con elevada calidad docente y educadora, la definición del pobre varía. Es pobre escolarmente el que no puede ir a **una buena escuela**, porque es de "pago" y carece de recursos o por falta de esas mismas escuelas, teniendo que contentarse con los "servicios públicos escolares".

Ante la demanda social de buenos centros docentes, muchas Congregaciones e Institutos se desarrollan prodigiosamente. Es interesante constatar cómo la mitad de los Institutos de la historia del cristianismo ha surgido en el siglo XIX y cómo las tres cuartas partes de ellos han tenido una dimensión escolar prioritaria. Y es que se precisa una docencia de calidad o se reclama respuesta a las necesidades espirituales de una sociedad que va siendo consciente de la existencia de derechos y deberes y va descubriendo lo que vale la cultura en la vida personal y colectiva.

Muchos Fundadores explicitan en sus mensajes fundacionales la necesidad de cualificar su tarea educadora. El piadoso y generoso Ludovico Pavoni lo decía así:

"Abriendo nuestros brazos a esta obra de caridad, este beneficio abarcará a un número cada vez mayor de los pobres hijos del pueblo. Con este medio, podremos formar su corazón en el amor de la Religión, de la Patria y de la virtud, sin otro costo que proveerlos de lo que tienen necesidad para la escuela". (Reglas primitivas. V. 2.)

Y muchos de estos Fundadores del siglo XIX son conscientes de que el tiempo urge y que no se puede seguir con piadosas contemplaciones, cuando hay otros muchos más hábiles que están ganando la partida a las fuerzas del bien. El intuitivo y perspicaz S. Leonardo Murialdo lo decía así:

*"La Iglesia no se gana al socialista porque hable de lo que quiere el Papa y porque hable de justicia social... Los pobres y los obreros no pueden estar siempre esperando. Los obreros y los campesinos se están convirtiendo en el botín del socialismo, que avanza y los aleja de la religión. La Encíclica **Rerum Novarum** nos da los remedios y nos recomienda la organización obrera católica. Nosotros, por no poderlo hacer todo y pronto, no hacemos nada o hacemos poco y mal. De esta forma las almas se pierden y nuestros enemigos pueden repetir: el cristianismo y la Iglesia tienen, sí, la solución de la justicia social, pero muchos cristianos no saben o no quieren aplicarla". (Discurso del 18 de Junio de 1899)*

Por eso, en el siglo XIX, pobres son los que no van a una buena escuela, los que no reciben una educación de calidad, los que muchas veces tienen que ir a las escuelas públicas, que son gratuitas por definición o sus costos son más benévolo que los existentes en las escuelas particulares. Hasta la gran explosión cultural que supone el racionalismo del siglo XVIII, la instrucción resultó patrimonio de privilegiados y se mantuvo muy alejada del pueblo sencillo. En el siglo XIX la instrucción se masifica y la lucha contra el analfabetismo y la incultura se hacen prioritarias. Pero no siempre se puede luchar con igualdad de medios.

Llegamos así a la **enorme transformación que se da en el siglo XX**. La educación sigue siendo una demanda de elevado valor humano y espiritual. La Iglesia sigue amando con interés prioritario a los más pobres. El pensamiento cristiano sigue viendo en el corazón del joven un verdadero desafío

Con palabras de Luis Orione:

"El hombre es una tierra moral. Por muy estéril y terco que sea, antes o después, siendo cultivado, producirá pensamientos honestos y actos virtuosos. Será así si nosotros, con ardientes oraciones, añadimos nuestros esfuerzos a la mano de Dios en el cultivo de los corazones y de la mente, especialmente de la juventud". (Carta, 14 Octubre de 1939)

Y acontece en la actualidad que, a medida que los países se desarrollan, los ciudadanos tienen necesidad de una buena escuela para sus hijos. Siguen deseando profesorado de calidad técnica, reclaman recursos abundantes, programas selectos y didácticas adecuadas. Las reformas educativas se suceden con persistente obsesión, pues parece que nunca se llega a la suficiente perfección.

La pregunta delicada viene en este momento como algo actual y candente: **¿Quiénes son los pobres en esta escuela nueva del siglo XX?** ¿Quiénes son los pobres hoy?

III. Los nuevos pobres de la Iglesia y de la sociedad en cambio

Es una pregunta que se halla en el ambiente y que suscita ciertas actitudes polémicas en el seno de las viejas Instituciones que surgieron en variables culturales diferentes de las actuales y que pueden estar dominadas por venerables y valiosas tradiciones, que fueron con toda

seguridad riquezas en los comienzos y pueden eventualmente convertirse en rémoras en la actualidad.

Y puede surgir el interrogante de si las Instituciones que nacieron para atender a seres humanos que carecían de toda instrucción, porque a ningún Estado se le ocurría construir escuelas y centros de cultura, deben seguir atendiendo a servicios sociales que hoy quedan plenamente atendidos por las instancias sociales. O puede surgir el interrogante de si una Institución religiosa que nació en el siglo XIX para ofrecer a los cristianos centros educadores de calidad debe seguir identificando confesionalidad y calidad docente, al menos en la conciencia de los cristianos actuales.

Y estas preguntas se presentan con cierta virulencia en los tiempos actuales y en países desarrollados, que conocen el surgir de ciertas nuevas pobreza, insospechables en otros tiempos.

¿Por qué los **nuevos tiempos suscitan nuevos pobres**? No cabe duda de que sigue siendo pobre el que carece de lo necesario para desarrollarse como persona. Y que la pobreza radical (comida, vivienda, vestido, familia, seguridad) sigue existiendo en los países ricos del mundo. Pero, en cierto sentido, la atención social se va orientando hacia aquellas pobreza que ya no se arreglan con limosnas materiales.

Porque no cabe duda de que **llamamos hoy pobres** con toda razón:

- a los drogadictos más que a los indigentes;
- a los enredados en sectas más que a los ignorantes;
- a los hijos de padres divorciados más que a los huérfanos;
- a los proletarios explotados más que a los campesinos de las aldeas;
- a los jóvenes universitarios desempleados más que a los obreros sin estudios;

- a los desplazados por la guerra o el racismo más que a los deficientes mentales;
- a los deprimidos y frustrados más que a los que viven de un trabajo humilde.

Por eso hablamos de **nuevas pobreza**s. Y llamamos pobres a hombres que en otros tiempos no eran denominados como tales y desvinculamos el concepto de pobreza de los meros parámetros económicos. Hoy introducimos en el concepto de pobres:

- a los desajustados afectivos y familiares que sufren de soledad y angustia;
- a los desempleados y parados que no puede cumplir con su ideal profesional;
- a los marginados y desarraigados de sus ambientes naturales personales o familiares;
- a los drogadictos, de forma especial a los esclavizados por las toxicomanías;
- a los atados por trastornos de comportamiento como las ludopatías o la violencia;
- a los emigrantes y exiliados, aunque estén protegidos por asistencias económicas;
- a los miembros de minorías étnicas no respetadas por el entorno o las leyes;
- a los depresivos y decepcionados de la vida y de sus posibilidades de acción humana;
- a los carentes de sentido crítico y manipulados por la propaganda política o comercial;
- a los agnósticos o descreídos que no tienen ninguna razón para vivir y obrar.

En los contextos escolares, aunque sean de escuelas a las que asisten miembros de grupos sociales de alta economía, de selecta cultura, o de recursos sociales abundantes, tal vez haya en la actualidad que variar las

definiciones de pobreza. Y habremos de llamar "pobres escolares" a series de personas que sufren, aunque tengan recursos materiales.

Estos **nuevos pobres** son hoy los que se dan en el entorno de cualquier centro con frecuencia y que verdaderamente nos llaman la atención cuando los miramos con ojos de caridad cristiana:

- pobres desorientados en lo que han de hacer en la vida o en el trabajo;
- pobres afectivos que tienen la familia rota o la personalidad enferma;
- pobres académicos que no pueden con los programas por falta de voluntad;
- pobres éticos que no viven de ideales que a la larga dan la felicidad;
- pobres ideológicos que carecen de criterios alentadores o se hallan fanatizados;
- pobres religiosos, ignorantes, extraviados, manipulados o supersticiosos;
- pobres sociales, que son incapaces de cultivar la amistad como valor humano;
- pobres desajustados que no encajan en los grupos y fácilmente sufren de rechazo;
- pobres frustrados prematuramente que sufren y hacen sufrir;
- pobres sin familia que se preocupe por toda la estructura de su personalidad que asegure una profunda modelación interior, espiritual y moral.

Hay que entender la situación de los pobres en el contexto de los Institutos que se van dando. Son muchos los grupos y organizaciones que han ido naciendo en la historia y han tenido algo que ver con educación: acogida de niños, asistencia de huérfanos, atención de deficientes mentales, formación religiosa de marginados, evangelización de "paganos", etc., etc.

Y muchas veces **estos viejos Institutos**, de los que hay en el mundo en este momento más de un millar con extensión muy variable, se preguntan si deben seguir sufriendo a las instituciones sociales, si deben hacer competencia a esos servicios públicos, si están en vísperas de una nueva etapa humana y han de virar su derrotero con radicalidad. Incluso muchas veces se preguntan: ¿qué hubieran hecho hoy los Fundadores que actuaron hace cinco, tres o dos siglos?

Los Institutos nuevos, los del siglo XX, los que lanzan a sus miembros a las fábricas o a las universidades, los que responden a las nuevas demandas de los tiempos con criterios muy diferentes a como lo hicieron los que llamamos antiguos, no suelen tener excesivos problemas de ajuste. Pero, ¿cómo se adaptan a los pobres los que han heredado una dinámica, auténtica, gloriosa herencia secular?

En el siglo XX están todos convencidos de que **surgen demandas urgentes** para servir a los pobres y a los necesitados:

- Para fomentar actitudes de libertad ante las manipulaciones de la técnica y la economía.
- Para dar a todos los cristianos el sentido responsable de la justicia social.
- Para promover una educación misionera que fomente cauces de ayuda al tercer mundo.
- Para actuar con audacia en los medios de comunicación social modernos.
- Para alentar la vida cristiana en las fábricas, en las oficinas y en la calle.
- Para introducirse de lleno en el mundo de la universidad, de la cultura o de la política.
- Para atender a nuevos enfermos mentales, como los esclavizados por sectas y engaños.
- Para ayudar a marginados escolares que asisten a escuelas con metodologías excelentes.

- Para acompañar a jóvenes que ya no encuentran en las estructuras clásicas su mejor referencia educacional y corren el riesgo de perderse en el vacío ético.

Estos Institutos o familias religiosas de nuevo cuño van sirviendo a los pobres sin la sola referencia a valoraciones de indigencia económica, de abandono intelectual o incluso de formación religiosa. No se detienen excesivamente en criterios económicos.

Pero los "**Institutos viejos**" miran con más reservas la secularidad, la libertad, la flexibilidad, la pluralidad, las normativas cambiantes. Sin embargo, lo urgente es también para ellos el saber dar respuesta evangélica a las diversas necesidades que siguen atenazando a los hombres.

Todos son conscientes de que nuevas indigencias se hacen presentes en el mundo actual. Son llamadas a dar respuestas y no simplemente a formular lamentos. Y los cristianos son por naturaleza hombres de servicio y no sólo de consolación. Han nacido para transformar el mundo y no sólo para llenarle de misericordia.

Ellos tienen que hallar respuestas a las muchas indigencias, a las muchas necesidades que hoy surgen en la sociedad:

- necesidades de formación moral y religiosa, como nunca se habían dado en la historia;
- necesidades sociales y nuevas orfandades ante el desconcierto de muchos progenitores;
- necesidades culturales que no se reducen a la mera realización de estudios académicos;
- necesidades de orientación y ayuda en una cultura pluralista y secularizada como la que vivimos;
- necesidades de ecumenismo y tolerancia interreligiosa y multiespiritual;

- necesidades de crítica creativa para ser hombres en medio de la técnica;
- necesidades de apertura al mundo de la violencia, para no dejarse intoxicar por engaños;
- necesidades de justicia social ante un mundo estructuralmente injusto y agresivo;
- necesidades éticas de signo personal compatibles con un mensaje evangélico exigente y radical;
- necesidades culturales nuevas, más atadas a lo tecnológico que a lo literario y estético;
- necesidades profundas, de cuya satisfacción depende el equilibrio y el destino personal.

Es interesante constatar que, ante este abanico de nuevas necesidades, no todos los Institutos pueden responder de la misma manera. Y, desde luego, no es encerrándose en tradiciones y trayectorias gloriosas. En los momentos de tránsito en que nos movemos en la Iglesia y en cierto sentido en la sociedad, existen aspectos o momentos que suponen una aceleración en todo caso desconcertante.

Este panorama de rasgos, situaciones, datos, demandas, interrogantes, angustias, esperanzas, sorpresas, desconciertos y ensayos de acción nueva, es lo que hace que muchos miembros de los Institutos, de los 1794 citados, sobre todo de las dos terceras partes que surgen en la historia y en la trayectoria de la Iglesia antes de nuestro siglo XX, se pregunten:

¿Dónde están los pobres hoy?:

- ¿en los barrios de mendigos o en los hogares desahogados rotos?
- ¿en los niños sin escuela o en los universitarios frustrados y amargados?

- ¿en los que carecen de padres o en los no amados por ellos aunque los tengan cerca?
- ¿en los incrédulos o ignorantes, o en los supersticiosos y en los sectarios?
- ¿en los hambrientos de pan o en los inapetentes de cultura y entregados al vicio?
- ¿en los que no tienen pasado ostentoso o en los que carecen de futuro esperanzador?
- ¿en los que no estudian religión en las escuelas o en los dominados por el fanatismo?

A modo de conclusiones:

No es fácil proponer conclusiones magisteriales ante el panorama sociológico y evolutivo perfilado en las páginas anteriores. Sería demasiado cómodo decir a los demás lo que deben hacer y trazar caminos que sólo a las personas y a los grupos corresponde buscar, encontrar, recorrer y rectificar constantemente.

Sin embargo, tres reflexiones quedan esbozadas en las líneas anteriores, **tres interrogantes** para una posible revisión de vida colectiva o personal o para una insinuante búsqueda de camino. Son los siguientes:

1. Se corre el riesgo de mantenerse en actitudes superadas, pues la inercia de las instituciones es una realidad demasiado humana para no resultar peligrosa.

En la sociedad hoy se da un cambio rápido. Las Congregaciones docentes de viejo cuño pueden sentirse perdidas ante las transformaciones, sobre todo si sus miembros más influyentes carecen de la agilidad mental suficiente para adaptarse a las nuevas circunstancias de los tiempos.

Por ejemplo, sería un riesgo seguir entendiendo la educación como una labor de suplencia y atender a lo ya atendido, sabiendo en teoría que las necesidades de hoy son muy diferentes de las de tiempos anteriores, pero manteniéndose en actitud asistencial cuando lo que se precisa es recia animación de conciencias dormidas, clara iluminación de mentes deslumbradas, fuertes apoyos a voluntades adormecidas. O también resultaría un riesgo permanecer en una actitud competitiva al estilo del siglo XIX, como si la misión de una Institución religiosa fuera el formar, sostener y defender la existencia de buenos centros.

2. Hay que profundizar el camino de la transformación como servicio, ya que el deber de una familia religiosa está en servir a Cristo y no en recordar las glorias pasadas.

Una visión de las Congregaciones docentes que surgieron como respuesta a la necesidad de los pobres, para aliviar necesidades humanas, para servir en la tarea de la evangelización, debe estar continuamente preguntándose cómo servir, trabajar y amar, y no sólo en cómo conservar, mantener, resistir.

Sólo con esas disposiciones el rostro de esas Instituciones resultará lo suficientemente atractivo para que merezca el enamoramiento de muchos jóvenes que quieran comprometerse en sus desafíos. Desde luego las vocaciones a una familia religiosa no nacen por su glorioso pasado, sino por su afán de construir el porvenir y por los arriesgado de su servicio a los nuevos indigentes.

3. El servir a los pobres, a los verdaderos pobres, a los más pobres, es un privilegio de las almas grandes. Si en las viejas congregaciones no hay almas grandes, no se servirá a los pobres sino a los ricos. La señal del servicio evangélico es la sencillez, la humildad y la paz.

Hay que adaptarse con serenidad y tranquilidad a los nuevos tiempos.

Podemos recordar con afecto las palabras de S. Vicente de Paúl, que tanto amó a los pobres de su tiempo:

"Con mucha frecuencia se echan a perder las obras buenas por querer ir demasiado aprisa y obrar según las propias inclinaciones que se llevan tras sí la discreción y el buen juicio haciendo aparecer como factible y oportuno lo que no es. Y esto se ve después por los malos resultados". (Carta. IV. 364)

Con todo, **una observación conviene dejar flotando en el aire**: de los pobres es mejor hablar poco y actuar con generosa disponibilidad. Lo importante es servir, no teorizar. Es un verdadero mal el querer dogmatizar sobre lo que hay que hacer. O también lo es el trazar proyectos, discutir planes, reunir congresos, escribir manifiestos, entablar polémicas para ver cómo hay que servir a los pobres.

Lo mejor es **comprometerse, no sólo lamentarse**. Lo necesario es actuar, trabajar con sencillez y humildad. Es decir, lo urgente es poner manos a la obra, hacer cosas y luego, sólo luego, hablar de ellas. Un día Pío IX le decía a S. Juan Bosco:

"Vuestra Congregación florecerá si se observan las Reglas y mientras no entren nobles o ricos, porque con ellos comenzarán a introducirse las comodidades, las parcialidades y por tanto la relajación. Procurad ateneros siempre a los pobres, hijos del pueblo... Mejor es hacer "bene" en su esfera, que "optime" en una que no es la suya. Educad a los niños pobres. No tengáis colegios para los ricos y nobles... Mientras os ocupéis de la juventud pobre y de los huérfanos, vuestra Congregación florecerá. Si educáis a los pobres, si os consideráis pobres, si no hacéis ruido, nadie tendrá envidia de vosotros, nadie os molestará, os dejarán tranquilos y haréis mucho bien. Todos los colegios amenazados hoy por las leyes, lo son porque, hablando demasiado de sí, encendieron celos. Haced hablar de vosotros lo menos posible". (Pío IX a D. Bosco. Fundación de la Familia Salesiana. BAC, pág. 339)

Y lo imprescindible para **encontrar caminos de servicio** en el mundo de la pobreza es también pensar y actuar desde la misma pobreza. Muchas veces se discute lo que hay que hacer con la garantía de la comodidad y de la seguridad en las propias espaldas. En esas ocasiones lo que hacen los interlocutores es justificarse, desahogarse o engañarse, no convertirse y decidirse a la actuación.

Es imposible ir a los pobres desde la riqueza de la ciencia, de la suficiencia. El gran San Francisco de Asís lo decía de forma maravillosa:

"Quien quisiere llegar en la virtud de la pobreza a la cumbre de la perfección, debe renunciar no sólo a la humana prudencia, sino también, y en cierto modo, a la pericia en las letras, a fin de que, despojado de esa vana posesión, pueda penetrar en las obras de Dios". (Cit. por S. Buenaventura en Leyenda de S. Francisco, C.VIII)

Por eso, la **conclusión final** de esta invitación a pensar en los nuevos desafíos de las nuevas pobrezas tiene que terminar con un mensaje exigente al desprendimiento. En otras palabras, así lo formulaba el piadoso y emprendedor Santiago Alberione:

"Cuanto más se desprende el hombre de sí mismo, tanto más profunda y ampliamente siente las necesidades de los pobrecillos que no poseen los dones celestiales traídos del cielo por Jesucristo. Esta sensación se hace más viva cuanto más se entra en la intimidad con el Señor". (Las abundantes riquezas... p.120)

Y como decía el generoso misionero y Fundador del siglo XVII, el infatigable Pedro de Vigne:

"Y no temáis las consecuencias de la pobreza, oh almas queridas de vuestro Padre celestial. Siguiendo a la Providencia y trabajando por obediencia, porque es su voluntad, confiad en Él. No olvidéis que nuestro Salvador se ha hecho pobre por amor y todo se puede cuando se desea sólo lo que se encuentra en Él". (Citado en su biografía, pg. 60)